

ESCUELA DE SANTIDAD

TEMA 6: DOS ESCOLLOS: EL AMOR PROPIO Y EL PECADO VENIAL

El Señor nos pide a todos amarle con todas las fuerzas, es decir, recorrer el CAMINO DEL AMOR. Es el que han seguido todos los santos (en él consiste el corazón de la santidad):

- Complacer al que amamos. Ganar a Jesús por el corazón.
- No se trata tanto de buscar ser perfecto, de alcanzar la santidad, de conseguir virtudes o regalos de Dios... cuando de **complacer a Dios**, agradecer a Jesús, he aquí la **gran tarea**.
- Y ello por medios muy sencillos "que a mí me ha dado muy buen resultado". "Arrojar a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, ganarle a base de caricias. Así le he ganado yo".

¿POR QUÉ AMAMOS TAN MAL?

¿Qué sucede en mí? ¿Qué sucede en tantos cristianos piadosos, incluso de misa diaria, que no avanzan como quisieran en la vida espiritual? Después de años de perseverancia arrastran las mismas debilidades e imperfecciones de siempre. ¿Qué está fallando? ¿Amamos bien? ¿Sé amar a Dios de verdad?

¿Qué ocurre con tantos cristianos incluso buenos sacerdotes que pueden hasta llegar a ser heroicos en la entrega, en la actividad, pero no sencillamente santos? (Benedicto XVI)

Dos peligrosos escollos que debemos evitar

1º. El amor propio, el pequeño déspota que llevamos dentro

Jesús nos dijo claramente: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt 16,24). Este negarnos a nosotros mismos, que es decir NO a muchos de los reclamos, aún lícitos, de nuestras apetencias y tendencias, es la primera condición que Jesús nos pone si queremos seguirle, es decir, si queremos ser cristianos. Es el precio de la verdadera libertad que los santos han conquistado.

Dedicaremos un tema entero a la abnegación del yo. Aquí nos interesa señalar que el amor propio (que solo se vence con la abnegación) es un gran impedimento para recorrer el amor de Dios, y una piedra de habitual dificultad. El P. Guibert (+1886), gran espiritual que llegó a ser cardenal de París e impulsor y creador de la basílica del Sagrado Corazón de Montmartre escribió:

"El trabajo de la abnegación del yo es el trabajo capital de la vida. Allí está la vida espiritual, el punto prácticamente decisivo, la posición estratégica dominante, cuya pérdida o ganancia decide de hecho la batalla de la santidad".

La experiencia está ahí para probarlo. Que se examine la vida de los santos malogrados, quiero decir, sacerdotes, religiosos o simples fieles, excelentes, fervorosos, celosos, piadosos y entregados pero que, sin embargo, no han sido sencillamente santos. Se constata que lo que les ha faltado no es ni una vida interior profunda, ni un sincero y vivo amor de Dios y de las almas, sino una cierta plenitud en el renunciamiento, una cierta profundidad de abnegación, y totalidad del olvido de sí, que les hubiera entregado al trabajo de Dios en ellos.

Amar a Dios, alabarle, cansarse, matarse incluso en su servicio, son cosas que atraen a las almas religiosas; pero morir totalmente a sí mismas, oscuramente, en el silencio del alma, desprenderse, dejarse despegar a fondo por la gracia de todo lo que no es pura voluntad de Dios, he aquí el holocausto secreto ante el que reculan la mayor parte de las almas, el punto exacto en el que su camino se bifurca entre una vida fervorosa y una vida de elevada santidad" (En Mi vocación es el amor, J. Lafrance)

2º. Los pecados veniales deliberados

Y el otro escollo fundamental en el crecimiento espiritual es el pecado venial deliberado no adecuadamente combatido.

El P. Lallement SJ (+1635) decía: «Es extraño ver a tantos religiosos que no llegan a la perfección evangélica después de haber permanecido en estado de gracia cuarenta o cincuenta años, con misa y oración diarias, ejercicios piadosos, etc. No hay por qué extrañarse, pues los pecados veniales que continuamente cometen tienen como atados los dones del Espíritu Santo; de modo que no es raro que se vean en ellos sus efectos... Si estos religiosos se dedicasen a purificar su corazón de tantos pecados veniales, el fervor de la caridad crecería en ellos cada vez más, y los dones del Espíritu Santo resplandecerían en toda su conducta; pero jamás se los verá manifestarse mucho en ellos, viviendo como viven, sin recogimiento y sin atención al interior, dejándose llevar por sus inclinaciones, descuidando las cosas pequeñas y evitando únicamente los pecados más graves» (Doctrina espiritual 4 p 3, 2).

El pecado venial no mata al hombre, pero debilita su caridad, le enferma; le aleja un tanto de Dios, aunque no llega a separarle de Él.

Resumimos en 4 las funestas consecuencias de los pecados veniales:

1. Refuerzan la inclinación al mal, dificultando así el ejercicio de aquellas virtudes que, con los actos buenos e intensos, debieran haberse acrecentado.
2. Predisponen al pecado mortal, como la enfermedad a la muerte, pues «el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho» (Lc 16,10).
3. Nos privan de muchas gracias actuales que hubiéramos recibido en conexión con aquellas gracias actuales que por el pecado venial rechazamos¹
4. Impiden que las virtudes se vean perfeccionadas por los dones del Espíritu Santo.

Por otra parte, *en todo pecado, sea mortal o venial, hay culpa que atrae sobre el pecador una pena eterna y una pena temporal*. El perdón de Dios quita del pecador la culpa y la pena eterna; pero queda en el pecador, como consecuencia de su pecado, la **pena temporal**, cuya importancia no debe ser ignorada. En efecto, la pena temporal consiste ante todo en el debilitamiento para el bien y el reforzamiento de la inclinación al mal, y trae consigo muchos sufrimientos.

En este sentido, santa Teresa de Jesús es muy clarividente: «Pecado por chico que sea, que se entiende muy de advertencia que se hace, Dios nos libre de él. Yo no sé cómo tenemos tanto atrevimiento como es ir contra un tan gran Señor, aunque sea en muy poca cosa, cuanto más que no hay poco siendo contra una tan gran Majestad, viendo que nos está mirando. Que esto me parece a mí que es pecado sobrepensado, como quien dijera: "Señor, aunque os pese, haré esto; que ya veo que lo veis y sé que no lo queréis y lo entiendo, pero quiero yo más seguir mi antojo que vuestra voluntad". Y que en cosa de esta suerte hay poco, a mí no me lo parece, sino mucho y muy mucho» (Camino. 71,3). La reincidencia desvergonzada agrava aún más la culpa: «que si ponemos un arbolillo y cada día le regamos, se hará tan grande que para arrancarle después es menester pala y azadón; así me parece es hacer cada día una falta –por pequeña que sea– si no nos enmendamos de ella» (Medit. Cantares 2,20)

Y San Pedro de Alcántara: «Y así como hay cosas que ayudan a la devoción, así también hay cosas que la impiden, entre las cuales la primera son los pecados, no sólo los mortales, sino también los veniales, porque éstos, aunque no quitan la caridad, **quitan el fervor de la caridad**, que es casi lo mismo que devoción, por donde es razón evitarlos con todo cuidado,

veniales no hacen perder la gracia de Dios, pero desbaratan muchas gracias actuales de gran valor.

¹ Por ejemplo, rechazando por pereza la gracia de asistir a un retiro, se ve privado quizá de un encuentro que hubiera sido decisivo para su vida. Los pecados

ya que no fuese por el mal que nos hacen, a lo menos por el grande bien que nos impiden» (Trat. de la oración y meditación)

Cinco consejos:

1º. Guerra al amor propio. Determinarnos a morir a nosotros mismos

Necesitamos saber desaparecer en el amor de Dios, muriendo a todo lo nuestro para vivir sólo para Él. El aprovechamiento espiritual hay que medirlo por este «muero cada día», para «vivir para Dios». Un proceso lento. Desaparecer a mi vida natural para que se manifieste la sobrenatural de Cristo. «*Mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal*» (2Cor. 4,11).

Santa Ángela de la Cruz, por ejemplo, dejó casi como testamento a sus hijas este lema: "No ser, no querer ser. Matar el yo. Enterrarlo si fuese preciso".

Debemos ir muriendo cada día a nosotros mismos con el ejercicio de las pequeñas mortificaciones y renunciaciones.

2º. Lucha contra la mediocridad y la tibieza. La mediocridad conduce al estado de tibieza

La tibieza surge de una dejadez prolongada en la vida interior. A un estado de tibieza siempre preceden una cadena de pequeñas infidelidades:

- Descuido habitual de las cosas pequeñas.
- Descuido del examen personal (general y particular), que es descuido en la contrición por las faltas personales.
- Falta de metas concretas en el trato con el Señor. Se va "tirando". Se abandona la lucha por ser mejor, la tensión por la santidad.

El estado de tibieza se parece a un plano inclinado en el que casi imperceptiblemente nos separamos de Dios. Aparece de manera casi insensible cierta preocupación por no excederse, por quedarse en el límite para no cometer pecado grave y se justifica esta actitud de mil maneras (naturalidad, salud, eficacia apostólica,...). Se justifican así pecados veniales, afectos desordenados, apegos a cosas y personas, comodidades, gastos inútiles, iniciativas al margen de la obediencia, etc. Resultado:

- La vida de piedad resulta incómoda (reglamento sin alma).
- Se piensa más en lo difícil y costoso de lo bueno que en el placer de lo malo.
- Se lucha poco contra las tentaciones dudosas.
- Se pierde el deseo de una gran intimidad con Dios (se da por imposible) y se rehúye el trato con Él.

El tibio ha dejado el amor a un lado. Su corazón se ha llenado de pequeños egoísmos y compensaciones buscadas a su alrededor. Un síntoma muy claro es ir teniendo cada vez más cosas, más caprichos, más necesidades y menos desprendimientos. Al final se produce un vacío interior que es preciso llenar de alguna manera...

No apetece nada la vida oculta de Nazaret. Aterra tener que enfrentarse, en silencio, con la propia existencia cotidiana. Por eso necesita recubrir tal vacuidad, con cosas o "cuidados" superfluos pero de rentabilidad inmediata: pequeños triunfos, distracciones, espectáculos, la vanidad de que su nombre aparezca públicamente... coraza en la que rebota o resbalan los estímulos sobrenaturales (lectura, dirección espiritual, sacramentos...).

S. Juan de Ávila pone estos síntomas de la mediocridad:

1. Hablar palabras ociosas.
2. Desear oír novedades.

3. Llegar tarde a la oración y estar muy presto para salir.
4. Sentir el corazón seco para lo espiritual.
5. Tener ojos abiertos a vidas y faltas ajenas y cerrados a las propias faltas.
6. Falta de devoción y desgana en la recepción de sacramentos
7. Incomodarme cuando me corrigen, huir de las correcciones y quejarme de las faltas de los otros.

3º. Importancia del arrepentimiento intenso

Aunque la culpa de un pecado venial pueda no ser muy grave, las consecuencias exteriores sí pueden ser muy graves², y las interiores, como vemos también, pues matan la devoción y conducen al alma al estado de tibieza.

Por eso es muy grande la importancia de un arrepentimiento intenso, pues cuanto más profunda es la contrición por el pecado, más concede Dios la reducción o incluso la anulación de la pena temporal. La contrición, con la gracia de Dios, puede y debe aniquilar (*conterere*, triturar, despedazar) en el corazón la culpa, la pena eterna, y también la pena temporal. Por eso la *compunción*, es decir, la actualización frecuente del arrepentimiento, y la reiteración del sacramento de la penitencia tienen tanta importancia para el crecimiento espiritual.

4º. Determinarse a la santidad. No ser ni indolentes ni cobardes. No tener miedo

En el espíritu del "Yo lo escojo todo" teresiano. Todos los santos se determinan radicalmente. Por ejemplo, Santa Teresa: "No se da este Rey sino al que se le da del todo. Como Él no ha de forzar nuestra voluntad, toma lo que le dan, mas no se da a sí del todo, hasta que ve nos damos del todo" (Camino 4, 8, 4).

"Digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo, como muchas veces acaece con decirnos: "hay peligros", "fulana por aquí se perdió", "el otro se engañó", "el otro, que rezaba mucho, cayó", "hacen daño a la virtud", "no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones", "mejor será que hilen", "no han menester esas delicadeces", "basta el Paternóster y Avemaría" (Camino, 21).

Y San Pedro Poveda dice con ardor: "Hay que hacerse todo para todos a fin de ganarlos a todos para Cristo: si hay que velar, se vela; si hay que sufrir, se sufre; si hay que humillarse, se humilla; si hay que pedir limosna, se pide; si hay que enfermar, se enferma; si hay que morir, se muere; pero se muere en la batalla, con honra y con gloria, con Cristo, en nombre de Cristo, y para gloria de Cristo".

Que no nos paralice el miedo. A Santa Teresa de Calcuta le dijo el Señor: "Has estado siempre diciéndome: 'Haz conmigo lo que desees'. Ahora quiero actuar. Déjame hacerlo. No tengas miedo, estaré siempre contigo... Déjame actuar. Confía en Mí amorosamente, ciegameamente."

5º. Abandonarse a la acción de Dios. Confianza audaz

Dios tiene que exigirnos, purificarnos, para educarnos y configurarnos con Él. Por eso permite el dolor y las pruebas, sin que nada se escape de su Providencia. Él hace que el mal y el dolor concurren para nuestro bien.

Debemos admitirlo: no tenemos ni capacidad, ni dignidad para el estado al que Dios nos llama. Necesitamos que Él mismo nos capacite, purificando nuestros vicios y pecados.

de un tarambana. El mal genio ocasional de un cura puede alejar de la Iglesia a una persona de poca fe. Un joven, que por vanidad, conduce su moto con imprudencia, puede matar a un niño... Sí, las culpas pueden ser leves, pero los males por ellos causados pueden ser muy grandes. Es decir, la *gravedad* de los pequeños pecados puede ser apreciada por la importancia de los males que a veces producen. Y aún son más terribles, por supuesto, los daños causados por los pecados mortales.

² ¿Nos damos cuenta del daño que los mismos pecados veniales hacen en nosotros y en los prójimos, tanto en lo espiritual como en lo material?

Un hombre, con su frivolidad, puede perjudicar gravemente a una muchacha, y ésta puede sufrir graves daños por su curiosidad o su ligereza. Una mujer, con su desorden, su impuntualidad o su charlatanería, puede llevar a su marido al borde de la desesperación. Un jefe de taller o de oficina, con sus manías, puede hacer que el trabajo sea para sus subordinados un verdadero purgatorio. Un negocio, levantado con grandes sacrificios familiares, puede ser arruinado por las pequeñas negligencias

ESCUELA DE SANTIDAD (Práctica cristiana)

TEMA 6: (petición): La gracia de la compunción, del arrepentimiento completo

1. Ejercicio de ORACIÓN para la semana

No lo olvides: Tu pretensión debe ser tener **oración de quietud** (profundo silencio interior) en tus ratos SOLO PARA ÉL.

Para conseguirlo, intenta vivir el **recogimiento de los sentidos** (control de ojos, oídos y lengua, sobre todo) durante el día. Este ejercicio es ya oración en la vida.

Texto 1: La causa de toda perturbación es que nadie se acusa a sí mismo

Tratemos de averiguar, hermanos, cuál es el motivo principal de un hecho que acontece con frecuencia, a saber, que a veces uno escucha una palabra desagradable y se comporta como si no la hubiera oído, sin sentirse molesto, y en cambio, otras veces, así que la oye, se siente turbado y afligido. ¿Cuál, me pregunto, es la causa de esta diversa reacción? ¿Hay una o varias explicaciones? Yo distingo diversas causas y explicaciones y sobre todo una, que es origen de todas las otras, como ha dicho alguien: «Muchas veces esto proviene del estado de ánimo en que se halla cada uno».

En efecto, quien está fortalecido por la oración o la meditación tolerará fácilmente, sin perder la calma, a un hermano que lo insulta. Otras veces soportará con paciencia a su hermano, porque se trata de alguien a quien profesa gran afecto. A veces también por desprecio, porque tiene en nada al que quiere perturbarlo y no se digna tomarlo en consideración, como si se tratara del más despreciable de los hombres, ni se digna responderle palabra, ni mencionar a los demás sus maldiciones e injurias.

De ahí proviene, como he dicho, el que uno no se turbe ni se aflija, si desprecia y tiene en nada lo que dicen. En cambio, la turbación o aflicción por las palabras de un hermano proviene de una mala disposición momentánea o del odio hacia el hermano. También pueden aducirse otras causas. Pero, si examinamos atentamente la cuestión, veremos que la causa de toda perturbación consiste en que nadie se acusa a sí mismo.

De ahí deriva toda molestia y aflicción, de ahí deriva el que nunca hallemos descanso; y ello no debe extrañarnos, ya que los santos nos enseñan que esta acusación de sí mismo es el único camino que nos puede llevar a la paz. Que esto es verdad, lo hemos comprobado en múltiples ocasiones; y nosotros, con todo, esperamos con anhelo hallar el descanso, a pesar de nuestra desidia, o pensamos andar por el camino recto, a pesar de nuestras repetidas impaciencias y de nuestra resistencia en acusarnos a nosotros mismos.

Así son las cosas. Por más virtudes que posea un hombre, aunque sean innumerables, si se aparta de este camino, nunca hallará el reposo, sino que estará siempre afligido o afligirá a los demás, perdiendo así el mérito de todas sus fatigas. (S. Doroteo. Instrucción 7, sobre la acusación de sí mismo 1-2)

Texto 2: La falsa paz de espíritu

El que se acusa a sí mismo acepta con alegría toda clase de molestias, daños, ultrajes, ignominias y otra aflicción cualquiera que haya de soportar, pues se considera merecedor de todo ello, y en modo alguno pierde la paz. Nada hay más apacible que un hombre de ese temple.

Pero quizás alguien me objetará: «Si un hermano me aflige y yo, examinándome a mí mismo, no encuentro que le haya dado

ocasión alguna, ¿por qué tengo que acusarme?» En realidad, el que se examina con diligencia y con temor de Dios nunca se hallará del todo inocente, y se dará cuenta de que ha dado alguna ocasión, ya sea de obra, de palabra o con el pensamiento. Y, si en nada de esto se halla culpable, seguro que en otro tiempo habrá sido motivo de aflicción para aquel hermano, por la misma o por diferente causa; o quizás habrá causado molestia a algún otro hermano. Por esto sufre ahora en justa compensación, o también por otros pecados que haya podido cometer en muchas otras ocasiones.

Otro preguntará por qué deba acusarse si, *estando sentado con toda paz y tranquilidad, viene un hermano y lo molesta con alguna palabra desagradable o ignominiosa, y sintiéndose incapaz de aguantarla, cree que tiene razón en alterarse y enfadarse con su hermano; porque, si éste no hubiese venido a molestarlo, él no hubiera pecado.*

Este modo de pensar es, en verdad, ridículo y carente de toda razón. En efecto, no es que al decirle aquella palabra haya puesto en él la pasión de la ira, sino que más bien ha puesto al descubierto la pasión de que se hallaba aquejado; con ello le ha proporcionado ocasión de enmendarse, si quiere. Éste tal es semejante a un trigo nítido y brillante que, al ser roto, pone al descubierto la suciedad que contenía.

Así también el que está sentado en paz y tranquilidad, según cree, esconde, sin embargo, en su interior una pasión que él no ve. Viene el hermano, le dice alguna Palabra molesta y, al momento, aquél echa fuera todo el pus y la suciedad escondidos en su interior. Por lo cual, si quiere alcanzar misericordia, mire de enmendarse, purifíquese, procure perfeccionarse, y verá que, más que atribuirle una injuria, lo que tenía que haber hecho era dar gracias a aquel hermano, ya que le ha sido motivo de tan gran provecho. Y, en lo sucesivo, estas pruebas no le causarán tanta aflicción, sino que, cuanto más se vaya perfeccionando, mas leves le parecerán. Pues el alma, cuanto más avanza en la perfección, tanto más fuerte y valerosa se vuelve en orden a soportar las penalidades que le puedan sobrevenir. (S. Doroteo. Instrucción 7, sobre la acusación de sí mismo 2-3).

Texto 3: Las "exageraciones" del amor

La Vida de los santos son "exageraciones" para el hombre carnal. Pero debemos saber que para el "mediocre" casi todo es exageración pues le viene grande.

Por ejemplo, si a un profesional le sugerimos que haga una hora de oración diaria, seguramente dirá que le es completamente imposible, pues no tiene tiempo. Pero si en su empresa se anuncian importantes ventajas económicas para quien aprenda inglés. él, con gran esfuerzo, dedica una o dos horas diarias a estudiarlo. ¿Conclusión? Tiene más amor al dinero que al Evangelio.

¿Cuántas veces estamos dispuestos a hacer esfuerzos voluntarios por cosas "pobres" y no por Dios!

San Luis, Rey de Francia, esposo, padre de 11 hijos, asistía a Misa diaria, rezaba las Horas litúrgicas completas, incluso los maitines a medianoche... Cuenta su confesor que algunos nobles murmuraban contra él porque "escuchaba muchas misas y sermones". Pero él respondió que, si empleara el doble de tiempo en jugar o en recorrer los bosques cazando animales y pájaros, nadie encontraría en ello motivos para hablar y criticar. Él, se dedicaba simplemente a "perseguir a Dios" con el mismo entusiasmo con que sus caballeros perseguían la caza. Por eso era para ellos un "exagerado".

Quizá la clave de la santidad de este Rey esté en su madre, D^a Blanca de Castilla, que también fue una "exagerada". Se cuenta que al ver a su hijo recién nacido (futuro S. Luis, rey de Francia) decía:

“hijo mío más quisiera verte muerto que con un pecado mortal”. Las mujeres que la escuchaban no entendían, se escandalizaban. Claro, se explica: esta mujer era una santa, y las otras no.

Al santo Cura de Ars, muchos le tachaban de exagerado: sus penitencias, nada de vacaciones ni días libres, no cuidaba su salud, el rigorismo de sus predicaciones... Pero era un santo. Y al final todos lo reconocían: 300 sacerdotes asistieron a su funeral.

Y es que el santoral de la Iglesia está lleno de cristianos “exagerados”. No apreciemos con exceso la “normalidad” de la vida (normalidad estadística, de mayoría) ni temamos demasiado exagerar en la vida espiritual. Con frecuencia lo “normal” es lo políticamente correcto, lo que hacen todos.

El Santo es el que se enamora de Dios, busca la perfecta unión con Él, abraza el camino de la santidad, y para conseguirla se comporta como un atleta que se empeña en conquistar la victoria (madruga, régimen dietético riguroso, privaciones, normas del preparador, constante en sus entrenamientos físicos...)

San Cipriano escribió: *En mi vida, que ha sido larga y accidentada, he hecho esta experiencia: si sigo fielmente, paso a paso, a Jesús, Él me conduce a la meta. Caminaréis por senderos imprevisibles, a veces tortuosos, oscuros, dramáticos, pero tened confianza: ¡estáis con Jesús! Arrojad sobre Él todas vuestras ansias y preocupaciones. No os preocupéis de cómo atraer a las multitudes. Estad seguros: ¡si seguís a Jesús, la gente os seguirá!*

Texto 4: Matar el yo. No quejarse

Algunas vivencias de la caridad de Santa Teresa del Niño Jesús:

«En una ocasión, en la lavandería, tenía enfrente de mí a una hermana que, cada vez que golpeaba los pañuelos en la tabla de lavar, me salpicaba la cara de agua sucia. Mi primer impulso fue echarme hacia atrás y secarme la cara, con el fin de hacer ver a la hermana que me estaba asperjando que me haría un gran favor si ponía más cuidado. Pero enseguida pensé que sería bien tonta si rechazaba unos tesoros que me ofrecían con tanta generosidad, y me guardé bien de manifestar mi lucha interior» (Ms C, 30v).

«Durante mucho tiempo, en la oración de la tarde, yo me colocaba delante de una hermana que tenía una curiosa manía (...). Se ponía a hacer un extraño ruido, parecido al que se harta frotando dos conchas una contra otra. Sólo yo lo notaba, pues tengo un oído extremadamente fino (demasiado a veces). Imposible decirle, Madre, cómo me molestaba aquel ruido. Sentía unas ganas enormes de volver la cabeza y mirar a la culpable, que seguramente no se daba cuenta de su manía. Era la única forma de hacérselo ver. Pero en el fondo del corazón sentía que era mejor sufrir aquello por amor de Dios y no hacer sufrir a la hermana» (Ms C, 30r).

«Recuerdo que, siendo postulante, me venían a veces tan fuertes tentaciones de entrar en su celda (de la Madre M^a de Gonzaga, priora en aquel entonces) por mi satisfacción personal, por encontrar algunas gotas de alegría, que me veía obligada a pasar a toda prisa por delante de la procura y a agarrarme fuertemente al pasamanos de la escalera; me venían a la cabeza un montón de permisos que pedir. En una palabra, encontraba mil razones para dar gusto a mi naturaleza... ¡Cuánto me alegro ahora de todas las renunciaciones que me impuse desde el comienzo de mi vida religiosa! Ahora gozo ya del premio prometido a los que luchan valientemente. Siento que ya no necesito negarme todos los consuelos del corazón, pues mi alma está afianzada en el Único a quien quería amar». (MsC, 21v)

Y en el proceso, declararon de ella:

«La Sierva de Dios tuvo que sufrir la antipatía, las oposiciones de humor, los celos e incluso los procedimientos hirientes de ciertas religiosas. No solamente lo soportó todo con una paciencia siempre

constante, sino que se esforzaba en excusar esos malos comportamientos» (PA 43).

2. Ejercicio de CARIDAD para esta semana

Recuerda siempre que “es más fácil ver la viga en el ojo ajeno que la mota en el propio”.

Este examen realista te prevendrá y ayudará a ser más comprensivo con los demás.

“Cuando otro actúa de mala manera, dando gritos y voces, decimos que tiene mal genio; pero cuando tú lo haces, son los nervios.

Cuando el otro se apega a sus métodos, es obstinado; pero cuando tú lo haces, es firmeza.

Cuando al otro no le gusta tu amigo, tiene prejuicios; pero cuando a ti no te gusta su amigo, sencillamente muestras ser un buen juez de la naturaleza humana.

Cuando el otro hace las cosas con calma, es una tortuga; pero cuando tú lo haces despacio es porque te gusta pensar las cosas.

Cuando el otro gasta mucho, es un despilfarro; pero cuando tú lo haces, eres generoso.

Cuando el otro encuentra defectos en las cosas, es un maniático; pero cuando tú lo haces, es porque sabes discernir.

Cuando el otro tiene modales suaves, es una persona débil; cuando tú lo haces, eres cortés.

Cuando el otro rompe algo, es torpe; cuando tú lo haces eres enérgico.

¿Por qué te fijas en la paja que tiene tu hermano en el ojo y no te fijas en la viga que tienes en el tuyo? Veamos las virtudes de los demás, y dejemos de juzgar. No olvidemos que conforme a nuestro juicio seremos juzgados”.

3. Ejercicio de ABNEGACIÓN para esta semana

Ermitaño domador de sí mismo

Se cuenta de un ermitaño que perdido en la soledad y silencio de Dios, decía que tenía demasiado que hacer. Nadie entendía que pudiera tener tanto trabajo llevando una vida así. Pero él contestó: Sí, tengo que domar a dos halcones, entrenar dos águilas, mantener quietos dos conejos, vigilar una serpiente, cargar con un asno y someter un león.

¿Dónde están esos animales? No los vemos. -Los llevamos dentro. Y el ermitaño explicó:

-Los dos halcones, se lanzan sobre todo lo que se les presenta, bueno y malo. Debo entrenarlos para que sólo se lancen sobre cosas buenas. SON MIS OJOS.

-Las dos águilas con sus garras hieren y destrozan. Tengo que entrenarlas pata que sólo sirvan y ayuden sin herir. SON MIS MANOS.

-Y los conejos quieren ir adonde les plazca, huir de los demás y esquivar las situaciones difíciles. Tengo que enseñarles a estar quietos aunque haya un sufrimiento, un problema o cualquier cosa que no me gusta. SON MIS PIES.

-La más difícil de vigilar es la serpiente, aunque se encuentra encerrada en una jaula de 32 varillas. Siempre está lista para morder y envenenar a los que la rodean apenas se abre la jaula. Si no la vigilo de cerca hace daño, ES MI LENGUA.

-El burro es muy obstinado, no quiere cumplir con su deber. Pretende estar cansado y no quiere llevar su carga de cada día. ES MI CUERPO.

-Finalmente necesito domar al león, quiere ser el rey, quiere ser siempre el primero. Es vanidoso y orgulloso. ESE... ES MI CORAZÓN.

Esta semana sigue controlando tus sentidos. Y especialmente tu lengua: no te quejes, no critiques, no te justifiques.